

CANO ARJONA, José Antonio (2023). *Las milicias locales del reino de Jaén en el siglo XVI (1500-1587)*. Jaén: Instituto de Estudios Giennenses, 398 pp. ISBN: 978-84-18265-92-1.

La milicia como recurso militar en la época moderna ha sido objeto de estudio, pero no siempre con la profundidad que el tema merece. A los estudios surgidos a raíz de la tesis de José Contreras Gay —los cuales comenzaron a publicarse hace más de 40 años—, se fueron sumando las aportaciones de diferentes especialistas con trabajos centrados en ejemplos concretos o imágenes en conjunto, siendo obligado mencionar los de autores como I.A.A. Thompson, E. García Hernán, A. Jiménez Estrella o J.J. Ruiz Ibáñez, resaltando especialmente el libro editado por este último en el año 2009, bajo el título *Las milicias del rey de España. Política, sociedad e identidad en las Monarquías Ibéricas*, destacándose por ser un análisis global e innovador sobre las milicias en la España de los Austrias. No obstante, desde entonces poco se ha avanzado sobre el tema, surgiendo pocas novedades historiográficas a pesar de su potencial historiográfico. Carencia que ayuda a subsanar el libro que aquí reseñamos.

Es innegable que la tradición de las milicias heredada de la época medieval tenía su papel a comienzos de la Edad Moderna —como bien revisa aquí Cano Arjona—, aunque esta vez a partir de un carácter más defensivo, ya que las principales acciones ofensivas de la monarquía de los Austrias van a darse especialmente en el exterior. De ahí que éstas no fueran

utilizadas de manera generalizada. Pero a comienzos del siglo XVI parece que las estructuras militares y los métodos de reclutamiento de tropas no habían cambiado significativamente desde la Guerra de Granada. Un ejemplo claro es la conquista de Mazalquivir en 1505, donde se recurrió a métodos tradicionales de apercebimiento de peones. En el caso de Jaén, este sistema permitió aportar 250 hombres, lo que fue esencial para la formación de esa expedición. Con todo, es evidente que las milicias fueran vistas como un recurso militar interesante para funciones puramente defensivas, especialmente en tiempos de necesidad y urgencia, teniendo a su favor la posibilidad de ser movilizadas con rapidez, su bajo coste económico y sus limitadas implicaciones sociales ante la rápida vuelta de sus miembros a sus hogares. Un sistema que ayudaba a cubrir limitadas necesidades defensivas con rapidez, ya que el reclutamiento o traslado de contingentes profesionales de otros territorios resultaba más complicado, costoso y lento.

El siglo XVI marcó un momento clave en la transformación y reorganización de las milicias en Castilla, sobre todo debido a los intentos de la Corona de establecer una milicia general. Estas iniciativas, impulsadas en un principio por el cardenal Cisneros, pero repetidas posteriormente por casi todos los monarcas, surgieron principalmente como respuesta a las crecientes amenazas externas, como los ataques ingleses a Cádiz de 1596 y 1625. Sin embargo, a pesar de estos esfuerzos, la reorganización de las milicias no se consolidó

plenamente, especialmente en el interior de Castilla. Las zonas cercanas a la costa, a menos de 20 leguas de distancia, desarrollaron estructuras más robustas, impulsadas en gran medida por la necesidad de autodefensa de la población local. En contraste, los territorios del interior enfrentaron serias dificultades para organizar una movilización general debido a problemas estructurales, lo que complicaba la respuesta militar ante posibles amenazas. Cuestión que ha provocado que las milicias del interior de Castilla no sean tan conocidas.

Es precisamente por esto que la obra que reseñamos ofrece una valiosa contribución para entender este proceso inicial, pues explora la evolución de las milicias locales en el interior de Castilla durante gran parte del siglo XVI. A través de un enfoque regional y local, examina los apercebimientos en localidades como Jaén, Úbeda, Baeza y Alcalá la Real. Aunque la falta de fuentes impide un análisis exhaustivo de todos los llamamientos, el autor ofrece un estudio detallado de 31 procesos, la mayoría de los cuales se sitúan durante el reinado de Felipe II, lo que enriquece la comprensión de la dinámica militar en esta etapa crucial.

El libro reseñado presenta una estructura sólida, aunque se evidencia que es la adaptación de un trabajo académico a una publicación, lo que genera algunas redundancias. El aparato introductorio se extiende considerablemente —en seis capítulos—, llegando hasta la página 81 antes de que el autor aborde el tema central, aportando nuevos temas,

enfoques y fuentes. Aunque la redacción es amena y precisa, la longitud de esos capítulos parece excesiva, si bien el aparato metodológico es excelente. El capítulo 5 ofrece un contexto geográfico e histórico detallado sobre Andalucía y, en especial, del reino de Jaén, centrándose en las particularidades sociales y demográficas de las ciudades estudiadas. Este capítulo es crucial para entender los aspectos más específicos que se desarrollan en los capítulos posteriores. El capítulo 6 —también puramente bibliográfico— realiza un análisis general de las milicias castellanas, destacando su evolución desde la Edad Media tardía. Se pone especial énfasis en el reino de Granada y los sistemas defensivos creados tras su conquista.

Este enfoque amplio permite una comprensión más completa de las investigaciones anteriores, y ayuda a preparar el terreno para el capítulo 7, que se adentra en la movilización de las milicias locales en Jaén, Úbeda y Baeza, utilizando diferentes marcos cronológicos. De esta manera las milicias se movilizaron durante la revuelta mudéjar (1499-1501), la empresa de Mazalquivir (1505) y la revuelta de las Comunidades (1520-1521), acudiendo, además, a diversos arrebatos costeros. Aunque las ciudades analizadas se encontraban a más de 20 leguas de la costa, sus milicias fueron convocadas en diversas ocasiones. Aunque el texto no logra ofrecernos una visión completa, al estar reflejados sólo una parte de los casos, queda claro que estas milicias participaron de manera esporádica frente a posibles desembarcos musulmanes a gran escala, en 1519 o

1561-62, o en operaciones para repeler ejércitos que ya habían desembarcado, como el asalto inglés a Cádiz de 1596. Sin embargo, su intervención en este tipo de operaciones se veía limitada por un factor clave: la demora en su alistamiento y desplazamiento hacia la costa. Esto hacía que su participación no fuera efectiva en respuesta a incursiones rápidas o razias costeras. Un ejemplo ilustrativo es Baeza, que en 1561 necesitó entre 20 y 30 días para preparar su milicia. Movilización que en la mayoría de los casos no duraba más de unas semanas; así, cuando Jaén envió tropas a Motril y Adra en 1519, los hombres permanecieron en la costa 40 días, con una prórroga de otros 20 días de servicio.

El análisis de la Guerra de las Alpujarras, cuyas aportaciones específicas de Úbeda, Baeza y Jaén se estudian de manera detallada en el capítulo 8, resulta especialmente revelador, y es una de las partes más interesantes del libro. Los apercebimientos se organizaron para una guerra formal, lo que queda claro en las cifras de movilización del reino de Jaén. En el primer año, se movilizaron 980 infantes y 120 soldados de caballería de Baeza, junto con 900 infantes y 150 de caballería de Úbeda. Números que por sí mismos reflejan la magnitud de la participación. Más allá de las cifras, la actuación de las milicias locales fue objeto de profundas críticas. Aunque algunos capitanes contaban con experiencia en los conflictos europeos de la monarquía, destacó la falta de preparación de los milicianos, su indisciplina

y una alta tendencia a la desertión. A pesar de estas críticas, la participación de las milicias fue muy activa, sobre todo en tareas logísticas y de intendencia, aspectos clave para el funcionamiento de cualquier ejército. Además, algunas compañías, tanto de infantería como de caballería (de Cuantiosos), lograron mantenerse activas más de un año, lo que, considerando que eran soldados sin experiencia militar, supone un éxito significativo.

El capítulo 9 examina en profundidad las milicias locales de Alcalá la Real, abarcando aproximadamente 110 páginas, lo que refleja la importancia de este municipio en la obra, algo justificado por la diversidad y riqueza de las fuentes documentales localizadas. Aunque el capítulo sólo analiza en detalle seis apercebimientos de tamaño algo limitado —el más significativo movilizó a 152 efectivos—, los relacionados con la defensa costera, como los de 1543 (para Málaga), 1573, 1586 y 1587 (estos dos últimos para Motril), son los más completos. Se incluyen numerosos datos sobre alardes, armas, gastos y listados personales de los milicianos llamados a servicio, en algunos casos durante periodos de cinco o seis meses, como sucedió en 1586 y 1587. A pesar de que la documentación no ofrece suficiente información para profundizar en la participación de Alcalá la Real en la Guerra de las Alpujarras, sí revela que su papel era distinto al de otros municipios jienenses, principalmente debido a su proximidad a la costa. Durante buena parte del periodo estudiado, los costes

de los apercebimientos recaían en los bienes propios de la ciudad. Sin embargo, a partir de la década de 1580, los soldados comenzaron a recibir la misma paga que los profesionales del sistema defensivo del reino de Granada, aunque la irregularidad en los pagos limitó los beneficios de esta medida.

El trabajo concluye con unas acertadas y largas conclusiones, que se ven acompañadas por unos anexos sumamente interesantes y útiles, a la par que completos, ya que suponen poco más de 100 páginas del total del texto. El anexo 1, con sus cuadros resúmenes de los apercebimientos descritos, aporta gran valor al ofrecer una visión clara y comparativa de las respuestas militares locales. Al analizar cada apercebimiento bajo las mismas premisas de investigación, facilita la comprensión de las campañas defensivas y ofensivas, destacando patrones comunes y diferencias clave en tiempos de respuesta, recursos y desafíos logísticos. Este enfoque estructurado refuerza el contenido del texto principal, ayudando a entender mejor el papel de las milicias.

El estudio de Cano Arjona refleja la evolución temporal de los llamamientos para la movilización de tropas, destacando una mayor estructuración y gestión centralizada, principalmente a través de la capitánía general de la costa del reino de Granada. A pesar de estas mejoras, el sistema de movilización estaba anclado en tradiciones que no siempre reflejaban la realidad demográfica, ya que en muchos casos se

solicitaba un número fijo de soldados sin considerar los cambios en la población (especialmente el aumento poblacional), lo que, paradójicamente, facilitaba la gestión de los reclutamientos.

Otro punto importante del análisis es la naturaleza de los soldados alistados. Aunque en teoría se buscaba que fueran personas con experiencia militar y suficientes recursos económicos, la realidad era diferente. Muchos municipios recurrieron a sustitutos o a reclutas pobres, ya que el servicio militar se consideraba un «impuesto de sangre» que quienes podían, evitaban. Los cargos de capitanes eran frecuentemente asumidos por los caballeros veinticuatro, quienes buscaban beneficios personales y evitaban el riesgo, aunque se observó un desinterés creciente entre estos regidores por ocupar dichos puestos.

Otro tema clave analizado fue el problema de la desertión, muy recurrente —especialmente durante la Guerra de las Alpujarras, debido a la dura disciplina, la falta de incentivos económicos y el peligro inherente al conflicto—. A pesar de ello, las medidas contra los desertores no solían ser muy severas, lo que podría reflejar una comprensión general de las dificultades que enfrentaban los soldados. La cercanía geográfica a sus hogares facilitaba la desertión y provocaba que los municipios tuvieran que reponer constantemente las bajas, lo que aumentaba la carga económica, generando endeudamiento en los cabildos municipales.

La obra reseñada, en resumen, es una contribución significativa que va mucho más allá del ámbito local, ya que nos acerca a la complejidad de las milicias en la Edad Moderna, especialmente durante el siglo XVI, periodo que ha recibido pocos estudios. Si bien quedan aspectos por profundizar debido a las fuentes empleadas —fundamentalmente locales, y con una casi nula perspectiva de la opinión de la Monarquía o los mandos militares—, la obra proporciona un

análisis valioso que ayudará a llenar un vacío historiográfico. Asimismo, ofrece una base para futuras investigaciones sobre un tema que, aunque clave, ha recibido menos atención de la merecida cuando la comparamos con otras áreas de la historia militar.

Antonio José RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ 
*Universidad Nacional
de Educación a Distancia*